

Imponer la paz en Palestina

EMILIO MENÉNDEZ DEL VALLE

EL PAÍS - Opinión - 09-04-2010

El 23 de septiembre de 2009, el *International Herald Tribune* publicaba una reveladora viñeta: rodeado de una multitud que agita pancartas y exige, entre otras demandas, "Haz la paz en Oriente Medio", Obama proclama: "*Yes, we can*, pero nos llevará algún tiempo". Y tanto. Netanyahu -que sólo quiere una paz dictada según sus propios términos y que, absurda y temerariamente, no desea que se concrete un Estado palestino- ha arremetido en sus provocaciones, antes, durante y después de la reunión en Washington (24-03-2010) con el presidente norteamericano.

No detener la continua construcción de colonias en los territorios palestinos ocupados, Jerusalén Este incluido, y no dismantelar al menos parte de las ya construidas, equivale a oponerse a la creación de un Estado palestino viable y soberano y a buscar la confrontación violenta, pues sólo una paz justa y equitativa (no ficticia y unilateral) puede evitarla.

No obstante, el primer ministro israelí es coherente con su propia ideología, declaraciones y acciones. Lo sorprendente de lo que está ocurriendo, ha ocurrido y seguirá pasando mientras Estados Unidos y la Unión Europea no tomen medidas, es extrañarse de ello. Netanyahu simplemente está acelerando el proceso, no de paz, sino de confrontación, que inició durante su primer gobierno de hace casi tres lustros. En 1997 autorizó la creación del asentamiento de Har Homa, construido en tierra robada a los palestinos, con lo que provocó una

nueva Intifada, escasos años después de que ambas partes acordaran en Oslo buscar la paz.

Además, Netanyahu es fiel y firme sucesor del gran *halcón* Ariel Sharon, quien en 2003 proclamó su oposición a discutir el futuro de Jerusalén y se manifestó contrario a un Estado palestino viable, al que estaba dispuesto a conceder "algunos atributos de soberanía" sobre una entidad que no sobrepasaría el 45% de Cisjordania y Gaza. Es conveniente recordar que los palestinos -avalados por la comunidad internacional- aceptaron en Madrid en 1991 y en Oslo poco después reclamar su Estado sobre tan sólo el 20% del territorio de la Palestina histórica. Sobre ese 20% Sharon exigía además una sustancial rebaja.

A lo largo de su mandato, Sharon siguió publicando su catálogo de intenciones: "Debe quedar muy claro que nunca regresaremos a las fronteras de 1967" (01-08-2003). "El objetivo de la Hoja de Ruta de lograr un Estado palestino, viable y soberano a lo largo de las fronteras de 1967 no será otorgado a los palestinos aunque cese toda la violencia" (01-09-2003). Como se sabe, el fin de la violencia palestina contra la ocupación era prerequisite para que los israelíes aceptaran sentarse a negociar. Pues ni eso.

Previamente, Sharon se había encargado de mostrar su acendrado espíritu humanitario hacia el pueblo que ocupaba: "Los palestinos deben sufrir mucho más hasta que sepan que no obtendrán nada mediante el terrorismo" (04-03-2002). Pero la guinda definitivamente aclaratoria de la Administración Sharon sobre el "proceso de paz" la puso Dov Weisglass, hombre de la máxima confianza de Sharon y responsable de las relaciones con Estados Unidos. Ante la incredulidad del periodista de

Haaretz que le entrevistó en 2004, manifestó lo siguiente: "El significado de lo que acordamos con los americanos es la congelación del proceso político. Y cuando se congela este proceso, se impide el establecimiento de un Estado palestino y la discusión sobre los refugiados, las fronteras y Jerusalén. Todo el paquete conocido como Estado Palestino ha sido eliminado de nuestra agenda indefinidamente. Los palestinos tendrán su Estado cuando se conviertan en finlandeses".

Tras lo que he descrito, ¿cabe suponer que el actual primer ministro de Israel, consecuente sucesor de Sharon, tiene intención de propiciar una paz justa y equitativa y un Estado palestino viable y soberano?

Yo no lo creo. Y ello supone una seria amenaza para la paz y estabilidad de la región. Implica una afrenta de graves consecuencias para la política exterior de Estados Unidos, al menos para los Estados Unidos de Barack Obama, quien en junio de 2009 dictó una ilusionante conferencia en El Cairo en pro de la reconciliación de su país con el mundo árabe e islámico a través de la resolución del conflicto israelo-palestino.

Afortunadamente, Washington ha reaccionado positivamente ante las provocaciones del Gobierno israelí. Y a todos los niveles. El general Petraeus, máximo responsable militar, ha manifestado que el conflicto supone una amenaza para los intereses de EE UU y que "fomenta el sentimiento antiamericano, debido a la percepción de favoritismo hacia Israel por parte de EE UU". Significativamente, el general añade que "la indignación a propósito de la cuestión palestina ayuda a Al Qaeda a reclutar adeptos". Pero incluso el vicepresidente Biden, orgulloso de autoproclamarse sionista, ha llegado a decir que "nuestros soldados están en peligro" a causa del conflicto.

Es asimismo un golpe bajo para la Unión Europea, que lleva décadas apoyando la creación de un Estado palestino y contribuyendo financieramente al bienestar de aquellos que hoy no tienen Estado, pero sí la perspectiva del mismo. Y es una amenaza para el propio Israel y su población (de la cual una quinta parte es de origen palestino), pues a medio plazo la situación podría estallar violentamente.

Así las cosas, ¿qué hacer y quién las puede hacer? La Alta Representante de la política exterior de la UE, Ashton, acaba de decir que "no podemos imponer la paz". Yo opino que se puede y se debe hacer. Por razones éticas y políticas. Imponer la paz no significa acosar a Israel militarmente. Significa que -en caso de que Israel no cambie inmediata y radicalmente su política- el único que lo puede hacer, Washington, (con apoyo decidido de la UE) convoque una reunión urgente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y patrocine una resolución que obligue a Israel a cambiar. Y además, como hizo George Bush padre hace dos décadas, amenace con detener la ingente ayuda militar que regularmente le proporciona.

Únicamente algo de esta naturaleza frenará el creciente odio de los musulmanes hacia Israel y Occidente, musulmanes que considerarán de nuevo el discurso caiota de Obama. Ello evitará que un niño palestino (que ha visto morir desangrados a muchos compañeros) preguntado qué quiere ser de mayor, conteste no que desea ser ingeniero, médico o bombero, sino mártir.